



EL PODER DE LA ORACIÓN

R.C. SPROUL

Nos conmueve la letanía de fe que el autor de Hebreos registra en el capítulo 11 de ese libro. Allí encontramos el "Listado de la Fe," que cataloga los actos heroicos de hombres y mujeres de fe en la Biblia. Sus actos se resumen parcialmente en los versículos 33 y 34:

"Quienes por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, cerraron bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, escaparon del filo de la espada, sacaron fuerzas de la debilidad, se hicieron poderosos en la guerra, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros..."

Las Escrituras no presentan un catálogo similar de los héroes de la oración, pero fácilmente podría compilarse uno. Siguiendo el mismo formato que utiliza el autor de Hebreos, examinemos una lista parcial de los logros de la oración:

- Por medio de la oración, el corazón de Esaú cambió hacia Jacob, de modo que se encontraron de manera amistosa en lugar de hostil (Génesis 32).
- Por la oración de Moisés, Dios envió las plagas sobre Egipto y luego las quitó (Éxodo 7-11).
- Por medio de la oración, cuando Sansón estaba a punto de perecer de sed, Dios hizo brotar agua de un lugar hueco para su sustento (Jueces 15).
- Por la oración, la fuerza de Sansón fue restaurada, y derribó el templo de Dagón sobre los filisteos, de modo que los que mató en su muerte fueron más que todos los que había matado en su vida anterior (Jueces 16).
- Por medio de la oración, Josué hizo que el sol se detuviera (Josué 10).
- Por la oración, Elías retuvo las lluvias durante tres años y medio, y luego, por medio de la oración, hizo que volviera a llover (1 Reyes 17, 18).
- Por la oración de Asa, Dios confundió al ejército de Zera (2 Crónicas 14).

- Por la oración de Ezequías, Dios envió un ángel que mató en una noche a 185,000 hombres del ejército de Senaquerib (2 Reyes 19).

Y me faltaría el tiempo para hablar de Abraham, quien oró y recibió un hijo a la edad de cien años; y de Moisés, quien recibió ayuda en el Mar Rojo; y de los israelitas, que fueron liberados de Egipto después de mucha oración; y de David, quien escapó de las traiciones de Saúl mediante la oración; y de Salomón, quien recibió gran sabiduría como resultado de la oración; y de Daniel, quien pudo interpretar sueños después de orar. Las personas fueron libradas de peligros, sanadas de enfermedades, vieron a sus seres queridos curados y fueron testigos de innumerables milagros como resultado de fervientes oraciones.

Santiago, si acaso, estaba subestimando el caso cuando escribió que la oración eficaz del justo puede mucho.

El poder de la oración no es automático ni mágico. A las promesas de la Biblia sobre la oración se les adjuntan condiciones. En ocasiones, Jesús utiliza una especie de "abreviatura", ofreciendo breves aforismos sobre la oración para alentar a Su pueblo en su práctica. Nos vienen a la mente declaraciones como "Pedid, y se os dará"; "Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidan, les será hecho"; y "Todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis".

Resúmenes abreviados como estos han provocado teorías extrañas sobre la oración cuando las personas han aislado violentamente estos pasajes de todo lo demás que Jesús y la Biblia dicen acerca de la oración. También abundan las distorsiones cuando nos acercamos a estos aforismos de manera simplista. Consideremos la declaración anterior sobre que dos personas se pongan de acuerdo. No sería difícil



encontrar a dos cristianos que estén de acuerdo en que sería una buena idea eliminar el cáncer o las guerras del mundo. Sin embargo, su oración en este asunto no cumpliría automáticamente su deseo. La Palabra de Dios indica que las guerras, la pobreza y las enfermedades estarán presentes en el tiempo del regreso de Cristo. Esperar su eliminación absoluta antes del tiempo señalado es adelantar de manera prematura las promesas futuras de Dios. Lo que la vida será en el cielo sería maravilloso para nosotros ahora, pero ninguna de nuestras oraciones puede obligar a Dios a darnos esta situación futura en el mundo presente.

Aún debemos sufrir los estragos del pecado, la enfermedad y la muerte. Rogamos a Dios que nos consuele, nos libre y nos sane. Pero no podemos exigir estas cosas de manera absoluta.

La idea de que Dios "siempre desea la sanidad" ha sido una distorsión destructiva dentro de la comunidad cristiana. Los problemas pastorales que surgen de esto son enormes. Una vez fui abordado por un joven afectado por parálisis cerebral. Su fe cristiana era vibrante, su actitud era contagiosa con un optimismo agradable, y su productividad era excepcional. Había terminado la universidad con un expediente sobresaliente. Su pregunta para mí fue conmovedora: "Dr. Sproul, ¿cree usted que estoy poseído por un demonio?" La pregunta venía acompañada de lágrimas. La vida de este joven había sido lanzada al caos.

Horrorizado por esta pregunta, respondí: "¿Por qué siquiera considerarías hacer una pregunta así?"

El joven procedió a relatar una serie de eventos desencadenados por un encuentro con algunos amigos cristianos que habían "reclamado" la promesa de las Escrituras y "acordado" que él sería sanado de su parálisis cerebral. Pusieron sus manos sobre él, oraron "la oración de fe" y proclamaron sanidad para él. Cuando quedó claro que no había sido sanado, primero lo reprendieron por su falta de fe. Luego afirmaron que era culpable de algún pecado secreto atroz que estaba bloqueando la sanidad. Finalmente, concluyeron que estaba poseído por un demonio y lo dejaron con un alma atormentada. Sus "amigos" nunca consideraron que el error podría ser de ellos mismos. Daban la impresión de ser cristianos celosos y llenos del Espíritu, pero sus acciones revelaban, en el mejor de los casos, inmadurez; y en el peor, arrogancia y presunción.

La oración no es magia. Dios no es un botones celestial listo para acudir a nuestro llamado y satisfacer cada uno de nuestros caprichos. En algunos casos, nuestras oraciones deben involucrar un esfuerzo profundo de

el alma y la agonía del corazón, como el mismo Jesús experimentó en el huerto de Getsemaní. A veces, el cristiano inmaduro sufre una amarga desilusión, no porque Dios no haya cumplido Sus promesas, sino porque cristianos bien intencionados hicieron promesas "en nombre" de Dios que Él mismo nunca autorizó.

Los resúmenes sencillos que Jesús da están diseñados para animarnos a orar. Dijo: "No tenemos porque no pedimos". El patrón parece simple: debemos pedir y recibiremos. Sin embargo, el Nuevo Testamento amplía las condiciones, dándonos una visión más completa de lo que implica una oración efectiva. A continuación, se presentan cinco textos con las condiciones que califican las declaraciones de Jesús:

1. REVERENCIA Y OBEDIENCIA (Juan 9:31)
2. — Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero si alguno es temeroso de Dios y hace Su voluntad, a ése oye.
3. EN CONCORDANCIA CON EL CARÁCTER DE CRISTO (Juan 14:14)
4. — Todo lo que pidan en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.
5. COMUNIÓN MUTUA CON CRISTO (Juan 15:7)
6. — Si permanecen en mí, y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y les será hecho.
7. OBEDIENCIA (1 Juan 3:22)
8. — Y cualquiera cosa que pidamos, la recibimos de Él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de Él.
9. EN CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS (1 Juan 5:14)
10. — Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye.

Como revelan estos pasajes, recibir lo que deseamos de Dios implica más que simplemente pedir. La confianza en Dios no es suficiente por sí sola. Debe haber reverencia apropiada hacia Dios, obediencia a Su voluntad y una comunión constante con Cristo. La petición debe hacerse de acuerdo con la voluntad revelada de Dios y en conformidad con Su naturaleza y carácter.

La Biblia nos exhorta a orar "en el nombre de Jesús". Invocar el nombre de Jesús no es una fórmula mágica; su significado es mucho más profundo. En la cultura en la que se escribió la Biblia, el nombre de una persona indicaba la totalidad de sus atributos y carácter. Pedir algo en el nombre de Jesús no significa simplemente añadir una frase al final de una oración. Más bien, significa que nosotros creeríamos que nuestra petición es algo que Jesús mismo pediría. Estamos mostrando que estamos tan alineados con la mente de Cristo que podemos hacer nuestra petición en Su lugar.



Hemos visto que hay ciertos requisitos previos que debemos cumplir al orar. Si pedimos algo, debemos confiar en Dios, sabiendo que nuestra petición está en conformidad con la voluntad del Padre y con la naturaleza y propósito de Cristo.

Debemos tener una reverencia adecuada hacia Dios, así como la seguridad de que estamos obedeciendo lo que Él nos ha revelado. Debemos mantener una comunión continua con Cristo. Después de cumplir con todos estos requisitos previos, podemos tener confianza en que nuestra oración será contestada. Lo crucial aquí es notar que, si cumplimos estos requisitos, no pediremos nada que esté fuera de la voluntad de Dios.

Otra razón por la cual nuestras oraciones no siempre son respondidas como deseamos se nos da en Santiago 4:3. Se nos dice que no tenemos porque pedimos con motivos incorrectos, deseando usar esa petición para perseguir placeres perversos. Dios no nos dará las cosas que podríamos malusar. Tampoco responderá a aquellas peticiones hechas en ignorancia, que podrían resultar desastrosas.

Moisés es un ejemplo destacado. En Éxodo 33:18, ora diciendo: “. . . Muéstrame tu gloria.” Moisés había hablado con Dios, había visto a Dios hacer varios milagros: la zarza ardiente, enviar las plagas, dividir el Mar Rojo. Pero ahora Moisés quería algo más grande: “Dios, esas cosas estuvieron bien, ¡pero ahora déjame verlo todo! ¡Déjame ver tu rostro!” En los versículos 19 y 20, Dios responde: “Yo haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y me compadeceré del que me compadeceré. Pero... no podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá.”

Dios estaba haciendo a Moisés un favor monumental al negarse a cumplir su petición. Si Dios hubiera concedido el deseo de Moisés, esto le habría costado la vida. Ningún hombre puede ver a Dios y vivir. Moisés debería haber estado agradecido de que Dios le dijera: “No”.

Otra razón por la que no vemos respuestas deseadas a nuestras oraciones podría ser porque estamos orando por cosas que ya tenemos en Cristo. En Juan 4, Jesús está hablando con la mujer samaritana junto al pozo. Él le dice que, si ella se diera cuenta de con quién estaba hablando, ella hubiera sabido qué pedir. Lo mismo nos sucede a nosotros. Si realmente supiéramos quién es Dios y todo lo que ya nos ha dado en Cristo, nuestras vidas de oración serían muy diferentes de lo que son.

Le pedimos a Dios su presencia, sin embargo, Él ha prometido nunca dejarnos ni abandonarnos. Le pedimos a Dios que nos dé paz, pero Efesios dice que Cristo es nuestra paz. Imagina sentarte a un maravilloso banquete de Acción de Gracias, una mesa rebosante de todo tipo de alimentos, y pedirle a la anfitriona algo de comer. Es posible orar hasta el punto de caer en incredulidad si seguimos pidiendo aquellas cosas que ya tenemos en Cristo.

EL PODER DE NUESTRO INTERCESOR

La oración es la función sacerdotal de llevar una petición a Dios. En los tiempos del Antiguo Testamento, dos clases principales de mediadores actuaban entre Dios y Su pueblo: los profetas y los sacerdotes. Dicho de manera sencilla, el profeta era ordenado por Dios para hablar Su Palabra divina al pueblo. El profeta hablaba al pueblo de parte de Dios. Por el contrario, el sacerdote era ordenado por Dios para ser portavoz del pueblo. El sacerdote hablaba a Dios de parte del pueblo.

En el Nuevo Testamento, Cristo ejerce los oficios no solo de profeta y sacerdote, sino también de Rey. En Su papel sacerdotal, Él realizó el sacrificio perfecto, ofreciendo la expiación perfecta de una vez y para siempre. Sin embargo, la cruz no fue el fin del oficio sacerdotal de Cristo. En Su Ascensión, Él entró al lugar santísimo celestial y continúa actuando como nuestro Gran Sumo Sacerdote. Allí ora por Su pueblo, intercediendo ante el Padre en nuestro favor. El poder de las oraciones de Cristo es inconmensurable. Esto puede ilustrarse no solo con los milagros que realizó en la tierra, sino también con Sus oraciones de intercesión durante Su ministerio terrenal.

Consideremos los casos de Judas y Simón Pedro. Ambos fueron discípulos que cometieron actos de traición grave contra Jesús en Su hora más oscura. Judas se suicidó, mientras que Simón fue restaurado y se convirtió en la “Roca” de la iglesia primitiva en Jerusalén. ¿Por qué? Una diferencia crítica entre estos hombres puede verse en los anuncios de Jesús sobre su próxima traición. Sobre Judas dijo: “De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar.” Cuando los discípulos le preguntaron a Jesús que identificara al traidor, Él respondió: “Aquel a quien yo dé el pan mojado lo hizo.” Luego Jesús mojó el bocado, se lo dio a Judas y le dijo: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto” (ver Juan 13:21,26,27).

CRU PRESS

GREEN



EL PODER DE LA ORACIÓN

Más tarde esa noche, en Su gran oración de intercesión, Jesús dijo: “Mientras estuve con ellos, los guardé en tu nombre, el cual me diste; los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura” (Juan 17:12). Aquí Jesús oró acerca de Judas, pero no por Judas, y lo llamó el “hijo de perdición.”

En el caso de la negación de Pedro, Jesús le anunció: “Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido zandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31,32).

Observa que Jesús no dijo: “Si te has vuelto, confirma a tus hermanos,” sino “cuando te hayas vuelto.” Jesús estaba confiado en la restauración de Pedro. No podemos evitar sacar la conclusión de que la confianza de Jesús estaba en gran medida debido a Sus palabras anteriores: “Pero yo he rogado por ti.” Jesús oró acerca de Judas. Oró por Simón Pedro.

Hizo intercesión por Pedro. Actuó como el Sacerdote de Pedro. En este mismo momento, Cristo está actuando como nuestro Sumo Sacerdote, intercediendo por nosotros. Esta es la jubilosa conclusión del autor en Hebreos 4:16: “Así que, teniendo un gran Sumo Sacerdote que ha atravesado los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

Que estas palabras se conviertan en vida para nuestras almas mientras las apropiamos para nosotros mismos.

Extracto de Effective Prayer, R.C. Sproul. Reimpreso con permiso de Tyndale House Publishers.